



CAPÍTULO IV

ALBERTO EL MAGNO Y SU DISCÍPULO SANTO TOMÁS

NUNCA se ofrece más limpia y radiante la luz del sol, como cuando alumbra á la naturaleza después de desbravada tormenta; nunca se ostentan las flores más frescas y lozanas que cuando después de sacudidas y zarandeadas por la cellisca, levantan de nuevo sus corolas rellenas de perfumes y embellecidas con los matices más delicados sobre los que se deslizan las últimas gotas de la pasada lluvia. La calma tiene mayores encantos tras la lucha y el desconcierto; el sosiego es más apetecible después de la continuada fatiga; la sombra es más dulce cuando de ella se disfruta después del resistidero del medio día; el agua es más rica después del cansancio, y el cielo nos parece más diáfano y hermoso cuando le mi-

— 45 —

ramos después de haber contemplado *al bajo y torpe suelo*.

Todo eso se verifica en el corazón del hombre.

Después del martirio, viene la redención y la palma, junto al Calvario sangriento, álzase el Tabor glorioso, y el alma probada en el palenque de la tribulación y del combate, abríllantase en mérito y en grandeza y renace en el espíritu la calma y la paz después del dolor y el desconsuelo. No hay noche serena comparable con la quietud y bonanza en que el alma reposa después de haber padecido y triunfado en las batallas libradas por Dios; auras y terrales blandísimos halagan al espíritu vencedor, y entre sonrisas y halagos, comienza el alma á gustar de los ocios de la santa paz que sólo Dios sabe conceder; y arrollada el alma sobre sí misma, adormecida amorosamente en los brazos de su celestial Esposo, canta con la inspirada poetisa española:

Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo
y libre á mi corazón;
mas causa en mi tal pasión
ver á Dios mi prisionero,
que muero por que no muero.

Nada de esto entiende ni menos saborea el loco y desvariado que acostumbra á vivir enlaberintado

en el bureo de los negocios del mundo; no son esa paz y esa dicha de espirituales deleites propias para corazones avezados á la podre y la hediondez; no es esa palma de oro para los cobardes que no saben defender un palmo de su trinchera y de su puesto de honor; no es ese sueño bendito recompensa guardada al haragán y al perezoso que jamás ha ofrecido el cuerpo al enemigo envalentonado; no es la lucha para el que cae sino sólo para el que sabe resistirse, y la corona se reserva para ceñir la frente del noble triunfador que ha mantenido muy alta su honra y su energía en los momentos difíciles del combate y de la prueba.

Santo Tomás fué uno de estos valientes y esforzados, y por eso Dios se complació en honrarle como merecía su fortaleza y constancia, y con la corona del triunfo le concedió el descanso y la paz hermosa que es patrimonio de los verdaderos amantes de la Cruz.

Conocida á ojos vistas la resolución inquebrantable del joven dominico, evidenciado á cielo abierto su valor á toda prueba, diéronse á partido sus adversarios, cedió la oposición, se calmó la tormenta y tornóse el horizonte á inundar de luz y de bonanza.

Sólo el Conde Landulfo proseguía en su desatinado empeño de no transigir con los deseos de su

hijo: la Condesa Teodora había cambiado en su proceder llegando á dominar en su corazón los sentimientos cristianos á los ciegos impulsos del instinto natural; con la madre cambiaron también los hijos, y Landulfo y Rainaldo, libres de la venda con que el amor hacia Tomás les había oscurecido la vista en la lucha pasada, se arrepintieron de sus proyectos malévolos, y amistados con su hermano inocentísimo, le dieron á la postre la enhorabuena por su decisión y energía; las hermanas del santo, comprendieron asimismo la grandeza de la virtud de su purísimo hermano, y al cabo, el jefe de la familia, el Conde Landulfo movido por tantas maravillas y admirado de la resolución de su hijo, le concedió su bendición y beneplácito para que cumpliese la voluntad de Dios tan palmariamente demostrada.

Tomás de Aquino fué recibido solemnemente en la Orden de Predicadores y desde aquel momento fausto y memorable, cuenta la gran familia dominicana con un genio sin segundo en la historia, y brilla en el cielo de sus glorias el hermoso astro que ardió en la frente y en el corazón de aquel á quien las generaciones llaman el Ángel de la ciencia y de la santidad.

El Superior que mereció recibir en nombre de toda la Orden los votos del gran Doctor de la Iglesia, llamábase *Fr. Tomás Agni de Lentino*.

Una vez alistado el angélico Maestro en las filas del ejército dominicano, se hacía necesario buscarle un adalid y un capitán digno de guiar los pasos gigantescos del nuevo soldado instruyéndole en todo aquello que se precisa para formar un *fraile Predicador*; que no es el fraile, como muy mal se cree y se dice repitiendo sinfusterías trasnochadas, el holgazán sempiterno de la historia, el zángano clásico de la gran colmena social etc., etc., sino que es la abeja solícita y discreta que no descansa en la fabricación del dulcísimo panal con que contribuye á maravilla al engrandecimiento de los pueblos. La historia es testimonio incansable de esta verdad, como lo es y con ella la experiencia, de que los holgazanes de capirote se encuentran con harta más facilidad bajo muchas levitas y faldas, que no bajo los hábitos y los sayales religiosos, y que la raza de los necios hormiguea más que en las celdas humildes de los monasterios, en otros centros que son los pagados mentideros sociales donde se regodean y se relamen á cuenta Dios sabe de quién, muchos que pasan por titanes y campanilludos pro-hombres. Y como ésto se ha dicho tantas veces y es cosa de sentido común, el que lo tenga, no se llame á engaño y sepa á que atenerse en esta materia tan traída y tan llevada.

Sigamos con nuestro Santo.

Como desde muy niño, había dado el noble hijo de los Condes de Aquino, pruebas inequívocas de sus aptitudes y alcances, la Orden de Santo Domingo no descuidó un punto la educación de su nuevo miembro y escogió como maestro y caudillo de Tomás, á un genio también de talla colosal conocido ya en su época con el nombre del *Maestro Alberto el Grande*.

Era Alberto alemán de origen, dominico de hábito y profesión, y por sus dotes mirado como la lumbrera de la ciencia y el ángel de la virtud. Corto de ingenio en su niñez, por un milagro de la Virgen que es Trono de la Sabiduría, mereció adquirir tal riqueza de conocimientos, que con justicia fué llamado *Grande* en las ciencias naturales, muy *Grande* en la teología y *Máximo* en la filosofía. Era el Aristóteles cristiano, el *Mágico prodigioso*, el genio de las escuelas, y el Maestro soberano á cuyas aulas acudían en tropel los discípulos de las más lejanas regiones, ávidos de aprender de los labios de Alberto los secretos de la ciencia y de la ilustración verdadera.

Con la sabiduría de su entendimiento corría parejas la santidad del alma y del corazón, y su mansedumbre hechicera, su vida mortificada, la inocencia de su espíritu y el desprecio en que tenía todas las cosas del mundo, le hicieron aún más ilustre que sus talentos celestiales; y cuanto más

el Santo se achicaba y empequeñecía ocultándose modesto como la tímida violeta de Selgas, tanto más le ensalzaba el Señor cumpliéndose en el Beato Alberto y muy de plano la promesa divina: *El que es humilde será levantado.*

Tal fué el Maestro de Tomás de Aquino, y al lado de tal Preceptor, no debe extrañarnos ver progresar al discípulo afortunado bebiendo de lleno en lleno, al par que la luz que alumbraba la inteligencia, el calor que fecunda el corazón.

Enseñaba por entonces Alberto el Magno en la Universidad de Colonia, y allí fué enviado el joven Tomás comenzando aquella hermosísima carrera al cabo de la cual, mereció ser coronado como Doctor angélico y Sol de la ciencia cristiana. Nunca se habrá visto un estudiante más cabal y completo; nunca un alumno tan aplicado y asiduo en las tareas escolares. Su modestia daba realce vivísimo á su talento, y toda la mina de los tesoros que el cielo á manos llenas había repartido en Tomás, se conservaban más puros y brillantes escondidos tras un velo de silencio y de retiro que era el embeleso de los que vislumbraban á Dios á través de las humildes apariencias de su siervo.

Mas como en este mundo traidor siempre abundan los necios, y entre estudiantes hay á menudo individuos chocarreros y expansivos en extremo que miran de socapa á los que no bailan al són

que ellos tocan y se conservan en cierta altura de circunspección y de modestia, algunos de los discípulos de Santo Tomás, al verle tan humilde, tan callado y tan grave en sus actos, interpretando á sabor de su paladar aquellas virtudes del modesto compañero, juzgaron á rareza y escasez de mérito, lo que era flor de perfección y de ciencia, y haciendo chacota del silencio de Santo Tomás, se mofaban de él apodándole con retintín *el buey mudo de Sicilia* (1).

No se indignaba el angelical estudiante con esas befas y garambainas, antes, creyéndose en su humildad digno de aquellas burlas y sabiendo que siempre anda con el silencio la prudencia (2), bendecía al Señor con toda su alma viéndose discípulo de la escuela del sufrimiento y del menosprecio que ha formado los héroes más grandes de los siglos. ¡Y cómo se acrecentaba el valor de Santo Tomás probado en el troquel de la humildad! ¡Cómo se inundaba de luz la frente de aquel ángel bendito cuanto él más quería encubrir su gloria con las alas de su modestia!... En medio de la soledad, paladeando la miel y la leche en ella encerradas, iba formándose hermosa y admirable

(1) Por este apodo con que se llamó en Colonia al Doctor angélico, hay quien duda si el Santo procedía de Sicilia y no de Aquino. La tradición constante es testigo irrecusable en favor de la opinión universalmente aceptada.

(2) Vir autem prudens, tacebit (Prov. XI, 12)

aquella alma singular, depósito sacratísimo de los misterios divinos y en cuya inteligencia esplendorosa reverberaban en haces de luz inefable los rayos del que es la Verdad por esencia.

Cierto día, uno de los estudiantillos con humos y pujos de sabiondo y pedagogo, tuvo el malísimo acuerdo de hacerse en contradicho con Santo Tomás, para proponerle nada menos que servirle de guía y de maestro en la resolución de las dudas con que pudiese tropezar en sus estudios. Creyó y creyó muy desatinadamente el vanidosillo alumno, que Tomás no le llegaba al hombro y pensó tirárselas de sabio con quien era en verdad el *Sabio* por antonomasia de la Universidad de Colonia. Y ¡milagrosa virtud del Santo Dominico!, sin ruborizarse al escuchar la oferta que se le hizo, aceptó de buen grado la proposición, y entonces se vió al que iba á ser el gran Maestro de la humanidad, «al genio inmortal ante cuya palabra calló la tierra y se postraron los reyes y enmudecieron los doctores y que fué confirmada por los pontífices (1)», escuchando las explicaciones de un menegadillo y taimado estudiante que no valía para pisar las huellas dejadas por Santo Tomás en la ciencia. ¿Quién que no fuera el Doctor angélico podría haberse sometido tan humilde á esta prue-

(1) Pidal y Món. Artículos literarios —Tolosa, Lourdes y Loyola.

ba durísima para todo estudiante aprovechado y sobresaliente?... Si á un alumno de los que colean en nuestros días, de esos reglamentados por tantos planes como ministros se van sucediendo en la poltrona del ramo; de esos jovencitos tan pagaditos de sí mismos y que hablan á destajo sobre cien mil puntos desflorando y desbandullando sin piedad las cuestiones más intrincadas y difíciles, de esos badulaques y cata-salsas que salen de los centros de enseñanza oficial con ninguna ciencia y sobrado descoco; si á uno de esos mari-sabidillos de hogaño, repito, se le propusiese la oferta que Tomás de Aquino aceptó por modesto y humilde, ¿no es verdad que en su *finchamiento* y orgullo pondrían el grito en el cielo creyéndose pisoteados en su honra científica (!!) al verse brindados aunque fuese por inteligencias superiores á esclarecer dudas en las materias que tienen entre manos?... Y sin embargo.... de aquel joven humildísimo de la Universidad de Colonia, salió un Santo Tomás de Aquino: de esos otros mequetrefes que hormigean en muchos centros docentes modernos, salen.... todas esas lechuzas científicas que no ven á un palmo de sus ojos mal avenidos para gozar de la luz y que sólo sirven para chillar desafinadamente cuando no para desgarrar con sus uñas, víctimas preciosas que debían ser la esperanza de la sociedad.

Pero dejemos á las lechuzas en sus antros y volvamos á los ángeles en sus sendas de luz.

No tardó mucho tiempo en descubrirse á cielo raso la grandeza del genio encerrado en el alma de Tomás. El sol no puede permanecer oculto largo tiempo; las flores cuanto más modestas, más pronto se delatan por sus aromas, y el nido amoroso del pintado pajarillo se descubre á las pocas vueltas por el canto del ave no muy apartada del imán de sus amores. A los pocos días de lecciones explicadas por el presumidillo estudiante á su angelical condiscípulo, brilló la luz, se derramó el perfume, y se oyeron cantos de indefinibles armonías. Atarugado y confuso en una de las explicaciones el vanidoso maestro de Santo Tomás, apeló en su desbarajuste al amparo del discípulo, y abriendo éste sus labios repletos de ciencia y de erudición, desenvolvió la tesis con tal maestría, que admirado y miedoso como el niño que tope á tope se encuentra con un gigante, el preceptorcillo de Tomás se levantó de su asiento y corrió á besar las plantas del Ángel de la ciencia, suplicándole con lágrimas en los ojos que perdonase su audacia y que en lo sucesivo se cambiaran los papeles y que el maestro fuese el que de verdad era sabio y pasase al banquillo de discípulo el ignorante y presumido. Sintió Santo Tomás aquella revelación de sus dotes, rehusó los obsequios de su compañero, y

sólo á fuerza de ruegos, aceptó el servir de ayuda al que humillado le pedía luz y consejo.

Mas no paró en esto el negocio. Aunque Fray Tomás suplicó á su compañero que no revelase á nadie el secreto que acababa de sorprender, ni descubriese la oferta hecha de ayudarle en lo sucesivo en la explicación cotidiana de las clases, no bien se hubo terminado aquella memorable sesión, el estudiante que se las había tirado de preceptor de Tomás, acudió al Maestro Alberto, y con el entusiasmo que en su corazón había despertado el mérito del angelical mancebo, ponderó con las palabras más vivas la excelencia de las dotes de Tomás, lo incomparable de su genio, y lo profundo de su humildad. Tenía ya el Maestro Fr. Alberto un concepto elevadísimo de la ciencia y de la virtud de su discípulo predilecto, y avivado en su alma el deseo de conocer más á fondo la mina riquísima de que el cielo le había hecho administrador, se fué en una ocasión á oír sin ser visto las explicaciones de Tomás, y enamorado de la alteza y claridad de aquellas ideas que brotaron en haces de luz y de oro de la inteligencia del angélico joven, cuentan que lloró de amor y de alegría, y que en un arrebató de júbilo, exclamó entrando: *Digitus Dei est hic....* El dedo de Dios está aquí.

Desde aquel descubrimiento maravilloso, el Ángel de las Escuelas iba mostrando cada día

nuevos tesoros de ciencia no conocidos entre los mortales.

Sucedió por entonces que el M. Alberto habló en el aula de una cuestión espinosa y enlabinada sobre la que, como es de usanza, los discípulos aplicados hicieron sus comentarios y reflexiones. Santo Tomás no se quedó en la retaguardia é hizo sus apuntes á maravilla viniendo á caer, por casualidad ó por uno de tantos secretos de la Providencia, en manos de Alberto el Grande. Admirado más y más el Santo Maestro de los tesoros ocultos en la inteligencia prodigiosa del discípulo, no quiso tener por más tiempo en secreto al genio fecundísimo y se determinó á descorrer el velo de modestia y de humildad con que hasta entonces se había encubierto la fragante y candorosa violeta.

Y como lo pensó, lo hizo; y habiendo Fr. Alberto encomendado á Tomás la defensa de una tesis escolástica, habló con tal aplomo y maestría, con tal decisión y claridad, con tal comedimiento y firmeza, que todos los oyentes quedaron como un día los doctores del Templo en que habló Jesús, estupefactos y confusos ante la prudencia y las razones expuestas por Santo Tomás. Y entonces fué cuando el coloso hizo el panegírico del coloso, y habló el genio de las grandezas del titán y del héroe, cuando iluminado Alberto el Magno con lum-

bre del cielo, descubrió de un golpe de vista toda la hermosura que resplandecía en la frente de Tomás, y con voz solemne y en actitud de Doctor que sentenciará, exclamó: «¡Ah!... Nosotros llamamos el Buey mudo á este joven símbolo de la modestia y del pudor; mas yo os anuncio que los mugidos de este Buey, harán estremecer al orbe y sus ecos resonarán en los confines más remotos y apartados.»

El tiempo se encargó de confirmar el vaticinio, y la historia ha hecho de la profecía del Beato Alberto, una verdad inconcusa.

